

INCORRECTA

• AFROS • FEMINISMOS • MIGRANTES • SEXUALIDADES •

Viernes 28 de octubre de 2016 · Nº 14



Federico Murro

Deseo, sexo y relaciones contemporáneas: entrevista a Cristina Peri Rossi

Con ánimo de amar

“El último amor siempre es asesino”

Conversando con Cristina Peri Rossi

-¿Con qué se van a encontrar los lectores de *Los amores equivocados* (Casa Editorial Hum)?

-Se encontrarán con 11 cuentos que tienen como tema central las relaciones amorosas. En un momento me di cuenta de que los relatos que estaba escribiendo tenían que ver con relaciones asimétricas o que podrían considerarse “no aceptadas” por la sociedad. Pero si bien estas experiencias amorosas pueden ser equivocadas, amar no es equivocado.

En todas las relaciones -aun en las que terminan con separación- en algún momento hay seducción, y eso es lo que me importa mostrar en varios de estos cuentos. También hay relatos en los que uno de los dos ha amado mucho y no es correspondido, o cuentos en los que el protagonista se imagina que va a ser abandonado y sigue amando. Porque yo no creo que el objetivo del amor sea la felicidad; el objetivo del amor es amar y ser amado, pero es algo que no se da todo el tiempo. Me interesa en estos cuentos, justamente, mostrar lo imprevisible, la seducción que en principio no se podía dar por diferencia de edad o porque uno de los dos estaba comprometido y, sin embargo, de repente sucede.

-En estos cuentos la mayoría de los encuentros son ocasionales o fugaces, no abundan las historias de matrimonios o de parejas.

-Las relaciones fugaces se dan mucho hoy en día, por eso considero que es un libro muy actual. Lo que me interesaba era poner en juego la sexualidad y el psiquismo de cada personaje, mostrar cómo vamos con eso a la relación, al encuentro con el otro.

Son cuentos que considero muy contemporáneos y urbanos. En todos los personajes hay una conciencia de soledad muy grande. Parecería que en los tiempos de internet y Facebook seguimos estando solos. Creo que hay tantas posibilidades de comunicación porque nos sentimos muy solos. Pero el hombre feliz no necesita whatsapp, la mujer feliz tampoco.

-Algunos cuentos recuerdan el tono de los relatos de *Habitaciones privadas* (Hum, 2014), porque si bien el tema de este libro es el amor entre líneas, se lee la misma crítica a la sociedad actual.

-En vez de hacer un ensayo sobre las relaciones eróticas de la actualidad, lo que hago son parábolas. Estos cuentos tienen mucha unidad en tanto demuestran el perfil de una sociedad donde la gente está muy sola, y buscan la felicidad en los encuentros fugaces que pueden parecer más fáciles, porque aparentemente no hay compromiso.

Tendría que hacer un ensayo para hacer una crítica al mundo contemporáneo, que también tiene sus cosas buenas. No creo que todo tiempo pasado haya sido mejor... Me gustaría vivir en el siglo próximo, me da mucha curiosidad saber cómo será. Aunque también soy muy crítica con la aceptación de todo lo que viene dado por la ciencia y la técnica.

-Sin embargo, a pesar de que no añorás cuestiones del pasado y te alegrás de los avances de la técnica,



FOTO: NÉSTOR SANGUINETTI

esos muy nostálgica, ¿de dónde viene eso? ¿Del exilio? ¿Del Río de la Plata?

-Es innato, si no se es melancólica no se puede escribir. Me contaba Cortázar que él, que tenía tantos amigos y que era tan querido, también tenía su parte melancólica. Sin esa parte melancólica no se puede ser un artista.

El otro día, revisando la biblioteca, me encontré con un libro que había editado en 1980 aproximadamente la revista *Liberté*, y la única pregunta que se le hizo a 100 escritores del mundo fue: ¿por qué escribe usted? Yo respondí que escribo porque el tiempo pasa, escribo contra la fugacidad, para retener lo pasajero.

-En el último libro de poesía que publicaste en Uruguay -*La noche y su artificio* (Civiles Ilustrados, 2016)- hay un poema que se refiere a eso: “Detente, instante, eres tan bello”.

-Exactamente, “detente, instante, eres tan bello”, como decía Goethe. ¿Por qué todo el mundo saca tantas fotografías? Porque sabemos que somos fugaces y sabemos que existe el olvido, aunque quizás el olvido sea la manera de sobrevivir. Yo pensaría que es al revés, me crié con la generación del 70 pensando en que no hay que olvidar nada para no repetirlo. Pero sabemos que vamos a olvidar, incluso es necesario, y porque sabemos que vamos a olvidar es que sacamos fotografías y queremos retener los momentos, porque sabemos que somos efímeros.

-El personaje del cuento “Ne me quitte pas” dice: “Para seguir viviendo es necesario olvidar que se vivió y para seguir amando es necesario olvidar que se amó”. ¿Para qué ese olvido, para enfrentarse otra vez al amor?

-El último amor siempre es asesino, mata a todos los demás. No quiere decir que uno olvide a los amores que tuvo, pero el amor actual, en la medida en que actualiza el deseo y los sueños, devora a todos los demás. Me parece que cuando uno está enamorado piensa que ese es el gran amor porque no hay otra manera de decirlo, es la actualidad del amor lo que hace que uno piense que ese es más importante que los otros.

-Lo amoroso es un tema recurrente en tu obra, y si bien cada novela cuenta una historia distinta, hay muchas constantes, por ejemplo, las reflexiones sobre el amor y el deseo que están en boca de los personajes.

-De las emociones y los sentimientos nunca está todo dicho, porque incluso uno mismo los percibe de distinta manera. Tal vez en el amor no está todo dicho porque no es totalmente abordable por el lenguaje, y si no es totalmente abordable por el lenguaje, no sé por qué podrá ser abordable. Me llaman la atención las historias de amores silenciosos o entre personas que no tienen una lengua en común, pero tienen el tacto y tienen la mira-

da. En este libro abordo el tema de la seducción, no el momento en el que creíste que compartías y en realidad no compartís, porque es muy difícil salirse de la prisión del yo pero bueno... uno lo intenta.

-Los cuentos de este libro más que de amor son de desamor, porque el amor no siempre acude a la cita.

-El amor falta a la cita incluso en los cuentos de amor, como el que se llama “Los amores equivocados”, donde hay una experiencia amorosa que se prolonga en el tiempo y de pronto hay una relación que pone en duda ese amor tan profundo. Es la primera vez que pongo en un mismo cuento -ya lo he hecho en poesía- a las dos ciudades en las que está repartida mi vida: Montevideo y Barcelona. La protagonista hace ese viaje buscando el amor.

-La autora también hizo ese viaje, tal vez no en busca del amor...

-¡Salvando el pellejo! Pero uno lo encuentra igual, el amor siempre está. Siempre pensé que uno está adaptado a la ciudad donde vive cuando consigue enamorarse de alguien de allí. Es la forma de entrar en diálogo con lo diferente. Uno tiene la idea, probablemente soñadora, de que en el exilio la gente se une más pero no siempre es así, porque el exilio es una experiencia muy traumática, la gente se une más o se separa más. La manera de abordarlo límite puede ser muy diferente.

—Con respecto al deseo, otro de los personajes de *Los amores equivocados* afirma: “El deseo habla de quien lo siente, no del objeto, como el amor habla de quien ama, no de lo amado”.

—Es cierto, y eso lo dice mejor Platón: “Bello es lo que uno ama”. Y tiene que ser así porque si no todos amaríamos a las mismas personas. Yo tenía un amigo que estaba muy enamorado de su mujer y decía que ella se parecía a Ava Gardner, pero era el único que veía ese parecido y eso valía para él. Montaigne lo dijo muy bien, sufrió mucho cuando murió su pareja. Habían vivido 20 años juntos y alguien le preguntó: “¿Por qué lo querías tanto?”. Y contestó: “Porque él era él y yo era yo”. Esa es la cifra tan imponderable de por qué se ama a uno y no a otro: porque él era él y yo era yo.

En una pareja, uno y otro es más que la suma de cada uno, porque lo que uno cumple son sus fantasías. Ponemos en juego la parte más íntima, los sueños. Lo que falta es corporizarlo. Cuando uno piensa que encontró la piel de sus sueños, lo que encontró son sus fantasmas corporizados, hasta que ese ser ya no responde a ese sueño. Pero el amor puede superar eso y la pasión se transforma en otros sentimientos: el compañerismo, el respeto, el cariño.

—En este libro, además de cuentos con momentos de mucho erotismo, hay textos con un tono bastante irónico o humorístico, por ejemplo, “Un maldito pelo”.

—Siempre he hecho una literatura bastante erótica, con muchas descripciones de ese erotismo. A veces la descripción es necesaria para que el lector empatice con lo que se está contando. En un cuento de este libro, una mujer de 48 años hace el amor con una chica de 19; para que eso sea aceptado por el lector o la lectora tengo que describirlo para que no lo rechace. Hay que tratar de que el lector se emocione, porque si no cierra el libro. Incluso es un reto, si lo digo así, explícitamente, seguramente lo rechace, pero si presento la escena de amor tal vez se erotice, porque uno lee con el cuerpo y con la fantasía.

A su vez, es un libro bastante grave, o mejor dicho, hondo y profundo, el lector debe tener momentos de alivio. El amor también tiene momentos cómicos. A veces, haciendo el amor uno se tiene que reír mucho. Hay un personaje que se pregunta por qué el sexo no está puesto en un lugar más cómodo, el codo, por ejemplo. En sí mismas hay situaciones ridículas en el amor, y lo mejor es reírse en común sin que eso rompa el hechizo del momento.

—El libro da cuenta de un conjunto de textos que tienen mucha unidad.

—Mis libros de relatos nunca son relatos sueltos. El orden es fundamental. No escribo cuentos sueltos, escribo un libro de cuentos. De la misma manera que no escribo poemas sueltos, escribo un libro de poemas. Por eso los textos se relacionan y entran en diálogo unos con otros. El primer y el último cuento, por ejemplo, pueden ser bastante provocadores para el lector. “Un cuento de Navidad”, el último relato, es el más dramático del libro; casi no hay narrador, todo pasa por el lenguaje y lo que se dicen los personajes es muy duro, tiene una carga muy importante de sentimientos de gran ambivalencia. Como concibo el libro como un todo, en la estructura general hay que empezar y terminar enganchando, porque los lectores de hoy tienen poco tiempo. No podés darte el

lujo de que pierdan el interés porque cierran el libro, esa libertad que siempre tiene el lector.

—Una vez dijiste en el título de una antología: *Mi casa es la escritura* (Linardi y Risso, 2006). Siendo una escritora exiliada, ¿tu patria sigue siendo el lenguaje?

—Yo creo que sí, no me gustaría dejar de escribir. En realidad, puedo pasar períodos largos sin escribir, pero hay que distinguir entre el hecho físico de escribir que puede ser muy rápido -a veces escribo un cuento en un par de horas- de la escritura mental, del ángulo del narrador que está en juego casi involuntariamente. Muchas veces estoy mirando una situación y me doy cuenta de que la estoy mirando como escritora, es casi una aptitud psicológica, yo no la fuerza, sale sola...

También el amor es una posible patria -quizás sea, con el lenguaje, la patria más entrañable-, mientras se viva y sea compartida por dos personas. No hay que olvidarse de que estamos hablando de sentimientos que varían mucho dependiendo de la neurosis que tiene cada uno, porque también depende de la idea que cada uno se hace. Cuando era joven tenía una idea sobre el amor, que probablemente venía de haber leído mucho las revistas *Maribel* o *Para ti*, y que sólo mostraban virtudes: el amor era bello, romántico, generoso, compañero. Y no es así, en el amor también hay malos sentimientos, hay crueldad. Freud habla de la ambigüedad de los sentimientos amorosos y por algo el amor en determinado momento se puede transformar en odio, algo que parecería imposible. En todo caso, si uno espera que el amor dure, debe saber que tendrá que trabajarlo mucho tiempo y para tener tiempo hay que ser rico, con lo cual muchas veces digo, bromeando, que el amor solamente es para las clases altas que tienen tiempo para cultivar la pasión.

—Se acaba de publicar en España *Las replicantes* (Cálamo, 2016), un libro de poesía que originalmente llevaba el título *Box N° 7*.

—Es un libro de poesía, no tan lírico como *La noche y su artificio*, que se refiere a experiencias bastante más duras, como puede ser la enfermedad. Una vez estuve internada en un box N° 7 y un poema lleva ese título. Hay varios textos que hacen referencia a esa situación y a otros aspectos de la realidad española o catalana, como por ejemplo, la prostitución, que no aparecen nunca y es necesario decirlos.

Finalmente cambié el título y tiene que ver con el deseo, con el ser amado, con la cadena de replicantes que hay atrás del ser amado. El poema que se llama “Las replicantes” comienza diciendo: “Me pasé cuatro años intentando describir / a quién me recordabas / a quién evocaba / cuando te amaba / cuando te decía te quiero”. Porque muchas veces decimos “te amo” y tenemos la sospecha de si en realidad se lo decimos a esa persona o al recuerdo que esa persona nos despierta, de ella misma o de otra. Una persona nos hace recordar a otra y a otra y a otra. Al final, no sabemos cuál fue la primera ni si existió.

—¿Compartís un poema de ese libro con nosotros?

—¡Cómo no! Aquí les dejo el poema “Distancia”. ■

Néstor Sanguinetti, desde Barcelona

DISTANCIA

Leí “Amor es la reducción mínima del abismo que hay entre dos personas”

y la definición me pareció justa: eso era lo que yo estaba intentando hacer desde que nos conocíamos: reducir al mínimo la distancia entre mi cuerpo y el tuyo, entre mis horarios y los tuyos, entre mi pensamiento y el tuyo, entre mis opiniones y las tuyas. Un esfuerzo titánico, y otras, en cambio, parecía posible, cercano. Cogí la cinta métrica de enrollar y la guardé en mi bolsillo. Le dije: “Escucha, mi vida, esta definición: ‘Amor es la reducción mínima del abismo que hay entre dos personas’”.

Esperé. Saliste de la ducha con una toalla anudada a la cabeza y me dijiste:

—¿De dónde has sacado esa tontería?

¿De un libro de autoayuda? (Distancia: diez kilómetros aproximadamente, calculé).

—Sabes que no leo libros de autoayuda. Es de un psicoanalista...

—Lo mismo da. Unos lo llaman autoayuda, otros, psicoanálisis —dijiste, buscando el secador de pelo.

Yo estaba sentada en el sofá, con el libro en la mano. Distancia —calculé—: ocho kilómetros y medio.

—Yo no siento que haya ningún abismo entre nosotras —agregaste sorprendentemente y me diste un suave beso en la mejilla. (¡La distancia se había reducido a un milímetro!). —Yo tampoco —mentí.

Ayer te había leído varios poemas de César Vallejo (“es un poco atormentado” dijiste: distancia, varios kilómetros) y habíamos escuchado a Bachiana N° 5 de Héctor Villalobos por Victoria de los Ángeles. “Muy lindo” habías dicho. Distancia:

doscientos metros. Yo había leído que existían personas sin sensibilidad para la música: podían escucharla sin que sus neuronas emocionales sufrieran ningún estremecimiento. En cambio otras, eran tremendamente sensibles a la música, como Beethoven que escuchaba música aun cuando estaba sordo.

—¿Te preparo un café antes de que te vayas? —pregunté.

—Prefiero hacer el amor —dijiste, rozándome la mejilla.

Alteración: 86 grados en la escala Richter.

¿Quería hacer el amor quince minutos antes de salir para la oficina? ¿Cuántos metros de distancia significa la propuesta? ¿Cero centímetros? ¿Diez? ¿Un metro?

—Sólo tenemos quince minutos —murmuré, asombrada.

—A veces me gusta a contrarreloj —dijiste, risueña, y te echaste sobre la cama, semidesnuda.

Algo así yo sospechaba desde que me habías dicho que te gustaba el motociclismo.

—Disponemos de quince minutos —repetiste, como si eso te excitara mucho.

—A mí me gusta lento —me defendí.

—No seas repetitiva. Una vez puede ser rápido, otra lento.

Distancia: veinte yardas.

Nos entrecruzamos como pulpos, nos montamos como lapas.

Distancia: cero. Distancia: cero.

En el cero me hubiera quedado toda la vida. Pero de pronto, luego del orgasmo, te dormiste. Te hundiste en el sueño profundamente. Mientras te miraba dormir, sentía que la distancia iba aumentando, crecía, se alargaba... llegaba a casi un kilómetro y medio. Alguien que duerme después del amor se ha ido. Te miré (“Mirándola dormir”, Homero Aridjis).

Cuando despertaste, la distancia me parecía de varios kilómetros.

—Me he dormido —murmuraste a media voz.

Efectivamente.

—He soñado contigo —dijiste. Glup. La distancia ahora volvía a acercarnos. Te habías dormido dejándome ausente, afuera de ti, en el espacio, pero habías soñado conmigo. Entonces la distancia era menor de lo que yo había calculado.

Te repusiste de inmediato. A vestirse con rapidez.

Distancia: cincuenta metros progresando.

—Me voy. Esta noche tengo una cena. No sé a qué horas vendré. O quizás me quedo en la casa de una amiga. Te aviso por el móvil.

Distancia: muchos kilómetros.

—¿Puedo llamarte?

—Ya sabes que no me gusta que me llames cuando estoy con amigas, me intimida. ¿Te diste cuenta de que no había un abismo entre nosotras?

Pero ahora sí lo hay. Pensé. Distancia: demasiado larga.

Imposible casi de recorrer a pie.

Guardé la cinta métrica. “El amor es la reducción mínima del abismo que hay entre dos personas”. ■

Relatadas por sí mismas

Apuntes sobre el Encuentro Nacional de Mujeres en Rosario

SI ALGO caracterizó al Encuentro Nacional de Mujeres fue justamente la palabra que lo abre. La confrontación, la violencia y el miedo no tuvieron lugar ni dentro ni fuera. Recuerdo el domingo por la noche. Cuarenta y cinco cuerdas completas, agrupaciones de mujeres pidiéndonos que formemos filas tomadas de las manos, alentando los cantos. Que se nos escuche, que nos escuchen: "Somos muchas y no tenemos miedo. Ni una menos".

Cordones de brazos, cuidados de mujeres que no conocía. Por eso, cuando en los medios trascendió el Encuentro como una serie de paredes llenas de grafitis, el vidrio roto de una cadena de comida multinacional y un grupo de mujeres en tetas que se habían pintado "mi cuerpo, mi decisión", gran parte de la sociedad se escandalizó y comenzó a replicar el discurso mediático que ponía las cosas en otro sitio: "Esas mujeres no me representan". Los grafitis pusieron en cuestión la tensión entre lo público, lo privado y lo político. Así como también arrastraron discusiones sobre su función social, los mensajes, el modo, el tono. Es decir, las palabras en su sentido performativo. El debate fue arduo, y el balance sobre el Encuentro parcial y determinado por un final televisado entre balas, carteles y activistas. Las quejas y los comentarios sobre las pintadas fueron muchos y muy diversos. Desde vecinos que reclamaban que el Municipio se hiciera cargo, hasta el reconocimiento positivo sobre las pintadas: "Que esté limpio el Tribunal, / por afuera. / Que no importe si ahí adentro / desde su pulcro despacho, / un juez hace bollo la denuncia / número 40 / de una mujer golpeada". Así comenzaba el poema de Martín Stoianovich que recorrió las redes (Boletín *EnREDando*, 11/10/2016).

Nueve días más tarde se convocaba al primer paro de mujeres, lesbianas, travestis, trans y bisexuales del que formé parte. Marchamos con el hartazgo de un hecho que comienza a ser un evento cotidiano: un femicidio cada 30 horas. Marchamos en todas las provincias, y paramos una hora de manera simbólica porque "si mi vida no importa, produzcan sin mí". Por eso, en este escenario la representación ya no es una respuesta. Porque como decía la periodista feminista Sonia Tessa en su Facebook al día siguiente del Encuentro: "En estos días se escucha y lee mucho aquello de 'esas mujeres no me representan'. El Encuentro no se propone representar a nadie, sino todo lo contrario". La cuestión es que cada una diga su palabra, por eso en cada taller se participó en nombre propio. Si la representación no es lo que está en juego, ¿por qué tantos se ven conminados a



Movilización en el marco del 31º Encuentro Nacional de Mujeres, en Rosario, Argentina. / FOTO: FRANCO TROVATO FUOCO

desmarcarse con esa frase? ¿Será que el movimiento de mujeres sigue siendo revulsivo e incómodo?

Por dentro

Cuando supe que el Encuentro Nacional de Mujeres se realizaría durante los días 8, 9 y 10 de octubre, en la ciudad de Rosario, pensé que ya no tenía excusas. Columnas de mujeres arribaban al Monumento Nacional a la Bandera pasadas las diez de la mañana. Las fotos son el rastro de algunos momentos experimentados. Porque el Encuentro fue ante todo un espacio para comenzar a hacerse cargo, algo nuclear que permite la subsistencia de este evento. Como escuché a lo largo de esos días en los diversos espacios, "hay que vivirlo para contarlo". Ello se deja ver en las palabras que Candela Robles, estudiante de primer año de la Escuela Preuniversitaria Superior de Comercio, escribía para el periódico independiente *El Eslabón*: "El Encuentro Nacional de Mujeres representó y representará un espacio de militancia en el que los relatos y experiencias de otras mujeres nos conducen a hacernos preguntas para así gestar cambios culturales". Es militancia en tanto se entiende como un lugar de participación colectiva, heterogéneo y plural, y no como una serie de mujeres que vienen a representar a otras. Como tampoco "se trata de un encuentro o congreso feminista ni antihombre. Eso queda claro cuando lo ves, cuando lo vivís. El Encuentro de Mujeres es de mujeres, sobre mujeres. Nadie viene a representar a nadie. Por eso no es un mero rejunto de hacer catarsis", según comentarios de otras mujeres que ya habían participado en otros encuentros a la nota "Empoderadas. Un viaje revelador a las profundidades del Movimiento Nacional de Mujeres", de Laura Hintze.

El Ciudadano, el segundo periódico local, convirtió al Encuen-

"En los talleres se comparten experiencias. No son espacios teóricos ni de disertación, son lugares de intercambio y de miradas de distintas generaciones, de conocimientos y de acciones colectivas. De allí que la invitación a los talleres esté dirigida a mujeres".

tro en tapa, titulándolo "Un río de mujeres". Unas 70.000 mujeres compartimos, en los cruces de las horas y los días, talleres, muestras, obras, exposiciones, presentaciones, charlas, peñas y ferias, entre otras actividades: un río tumultuoso presente en sus cuerpos, en sus voces. Sobre todo, en los 69 talleres que planteaban y abrían las preguntas que nos hacemos pero que también nos vienen dadas de manera cultural, familiar, social, personal e individual. Somos el relato de otros relatos, porque hemos sido relatadas. Por todo eso, en los talleres se comparten experiencias. No son espacios teóricos ni de disertación, son lugares de intercambio y de miradas de distintas generaciones, de conocimientos y de acciones colectivas. De allí que la invitación a los talleres esté dirigida a mujeres. Contar experiencias implica entender las diferencias que nos convocan, y compartir e intercambiar desde lo propio pero en una relación de pares y no de jerarquías.

Dos temitas

Cada uno de los talleres se llevó a cabo durante las tres jornadas con conclusiones que nuclearon las ideas principales que luego serán compartidas con todas las que fueron parte del Encuentro.

Decidí ir a dos talleres. El primer día participé en uno que se improvisó (por el desborde de los ya determinados y por la demanda) en el patio de la Escuela Normal N° 1. Armamos una ronda y

comenzamos. Se llamaba "Mujeres y relaciones de pareja". Incluía temas como los diferentes tipos de amor (amor libre, relaciones sexoafectivas diversas, poliamor), igualdad, subordinación, infidelidad, independencia, celos, crisis, despersonalización y mandatos sociales sobre los roles en la pareja. Los subtemas intentaban establecer un punto de partida posible para abrir el debate. Éramos unas 40 mujeres de diferentes edades y lugares, con parejas diversas (tradicionales, no tradicionales, con hijos, sin hijos, divorciadas, solteras, en pareja, separadas con marido en casa y amante, entre otras). Compartíamos las preguntas pero no las posibles respuestas, y ahí comenzamos a producir y a producirnos en esos relatos.

"El problema es pensar que lo natural es este modo de estar en pareja", "yo recién ahora, después de haber criado a mis hijas, me decidí a venir", "a mí no me parece coger con quien me pinte, creo que mi cuerpo es sagrado", "no me molesta que me sea infiel sino que me mienta", "nos enseñan a ser cornudas". Estas son algunas de las frases que abrieron las hebras de un tejido cultural que nos han enseñando, y que tan bien hemos aprendido. Sin intención de convencer a nadie y con ningún otro objetivo que ser mujeres libres, nos encontramos intentando desarmar la relación entre infidelidad y mentira. La pregunta que rondaba y que una de nosotras puso en palabras fue: ¿Existe la

monogamia? ¿Es posible construir una pareja desde ahí? Cuestión que trajo de la mano otra: las formas de amor. El libre amor y el poliamor como otras posibilidades. De qué se trata, cómo son. Lo sexual como particularidad, lo sexual como elemental. Lo implícito y lo explícito. "Las relaciones de pareja deben ser explícitas", dijo una compañera del Chaco y calló: el sobreentendido, lo natural. Decir, acordar, explicitar para desarticular la infidelidad y comenzar a pensar un vínculo sano y libre. Porque después de todo nos unía una misma pregunta con raíz en la libertad: basta de deber. Era hora de comenzar a preguntarse sobre qué deseos, en presente y en singular. Sin duda, esa es la pregunta que cruza todos los talleres.

El sábado asistí a otro: "Mujeres y arte". Tampoco este grupo era homogéneo. Durante la jornada de la mañana, más de 30 debatimos y nos cuestionamos. El arte como parte de la vida, para qué y para quiénes, cuál es el rol de la trabajadora del arte, la falta de planificaciones con perspectiva de género, la escasez de formación para generar proyectos de autogestión. Saberse artista y asumirse primero, para luego poder pensarse trabajando para otros y con otros.

"Nada más íntimo y personal que hablar del trabajo de una", manifestó una de las compañeras de Neuquén. "Las artes como un camino que te lleva hasta el borde y te hace ir un poco más allá". Las mujeres, las lesbianas, las bisexuales produciendo. Porque otras de las conclusiones a las que arribamos es que debemos comenzar a sociabilizar y sistematizar las prácticas.

Sí, en el aula, en el centro cultural, en la Biblioteca Popular, en los semáforos estamos produciendo herramientas pedagógicas, prácticas, formas de vincularse, conocimientos. El desafío al cierre de este taller fue animarse, asumirse no como productos ("Las mujeres nos miramos siendo miradas"), sino como productoras. Incluso, las que con todas las complejidades eligen ser madres, aun sintiendo que "La maternidad es un tatuaje en la cara".

En uno de los talleres una compañera trajo una anécdota que nos dejó a todas frente a frente. Comentaba que una colega que trabaja asistiendo casos de violencia de género estaba en una comida cuando alguien le preguntó qué parte le gusta del pollo. Ella se dio cuenta de que siempre comía lo que sobraba, después de que en su casa elegían todos. Elegir, asumir, tomar posición. El Encuentro Nacional de Mujeres no se vivió como una invitación, sino como un llamado desde lo singular y hacia lo colectivo a preguntarnos qué deseamos, qué queremos, quiénes somos. Qué parte queremos del pollo. ■

Rosana Guardalá, desde Rosario

Sexo negro

Racismo, poder y sexualidad en Cuba

PARECE QUE ALGUNOS síndromes de causas inespecíficas o plurales se resuelven con una cierta "terapia sexual". Al menos eso subyace en las expresiones de la cotidianidad. Imaginemos un día común de oficina y alguien de malhumor o de ánimo depresivo: "¡Lo que necesita es un buen negrón que la sacuda!". Risas colectivas; nadie más se detiene en ese chiste manido. Todos (un todos genérico, que funciona para hombres y mujeres) parecen estar bien enterados de qué es un buen negrón y cuál es la dosificación correcta de semejante fármaco. Yo me abstengo cuidadosamente de dudar de los efectos terapéuticos de las endorfinas segregadas en el acto sexual o cualquiera de esas cosas bioquímicas que no conozco pero que al mencionarlas parezco informado. Esa no es la cuestión. La pregunta es: ¿por qué colorear al sexo?

Es increíble cómo cierto ente nos invade hasta los dominios más escabrosos. Actúa a través de nosotros sin nuestro consentimiento, nos hala mediante hilos invisibles incluso por los genitales. Foucault le puso un nombre: poder.

No sé si es el término indicado; lo cierto es que nos controla hasta el punto de mostrarnos qué desear, cómo y cuándo. Lo aprendemos y actualizamos cada día en ese rejuego que mencionaba Judith Butler, el que existe entre nuestros deseos y los deseos ajenos, donde negociamos nuestros límites, cedemos espacios y conductas. Recuerdo las tías de mi mamá, venerables viejecillas nonagenarias, dignas burguesas, de orgulloso e incontaminada prosapia española. La primera pregunta ante la noticia de mi nuevo affaire: "¿De qué color es?". Certificada la pureza caucásica (nada de color quebrado: perfecto pedigree), un suspiro de alivio flota en el ambiente. La familia todavía sigue intacta, europeísimas.

¿Es un hombre? Detalle menor: todas las casas (burguesas) siempre tienen alguien con esas "costumbres": sólo es necesario que sea blanco, exitoso y con clase. A partir de aquí la conversación retorna por los cauces habituales y yo vuelvo a interrogarme: ¿de verdad deseo tan libremente como creo, o como quiero creer? ¿O ese deseo que anhelo e imagino libre está tamizado por mi estatus y los roles a cumplir? ¿Deseo lo que debo desear? ¿A veces deseo lo que no debo sólo como un acto rebelde, calculado además para que no sea sancionable?

En todos estos cuestionamientos, en los que el deseo se filtra a través de los límites férreos, aunque invisibles, establecidos por los poderes, la pregunta se detiene en el color de la piel. ¿Por qué el "negro"? ¿Lo exótico mueve nuestra colonizadora libido? ¿Suspiramos por un sexo menos "civilizado", que sepa más a jungla, que huelga menos a desodorante? ¿Construimos la imagen de negro violador, malvado, que rapta blanquitos (otra vez



La Habana, Cuba, el miércoles 26 de octubre. / FOTO: YAMIL LAGE, AFP

el genérico) bien educados para luego asustarnos con nuestra invención o para fantasear con ella?

Algunos mitos populares confirman y legitiman esta fantasía erótica: primero, la supuesta energía sexual de lo "negro": inagotables, "calientes", incomparables. La mulata sudando sobre la cama del dueño del cañaveral como una Kali insaciable. El macho blanco que se siente conquistador de África si logra satisfacer a "su negra". La "blanquita" que disfruta el juego de poderes al ser socavada por el dominante negro, el que se suponía que ella debe dominar y que acaso sigue dominando al usarlo para su placer, avergonzándose de hablar de él en público.

Otra leyenda urbana: el tan promocionado gran pene de los afrodescendientes. ¿Estadísticas? ¿Existen? No se necesitan: todo el mundo parece saber y lo da por un hecho comprobado. El tamaño no importa pero... Aquí todos contienen la sonrisa pícaro. Lo cierto es que con estos halos de criatura legendaria ya tenemos a la negritud reducida a mero objeto de placer: a ser sólo un dildo sin fecha de caducidad. Ya sabemos con Frantz Fanon que no se espera del negro que piense, suerte de fuerza bruta en toda la extensión de la frase. Sólo queremos que haga, con sus músculos o con sus genitales.

Por otra parte, en Cuba existe cierta idea supersticiosa de que quien prueba negro no vuelve con blanco. Cuidado, vecina: mantén a las niñas a salvo de la contaminación porque después nadie las quiere y, lo peor, ellas mismas no van a querer a alguien de su tipo. Claro, el varoncito-fálico no está en tal desventaja, las negras son mujeres después de todo: pero sin hijos, por favor, que las negras saben mucho y los enredan. Aquí lo negro deviene peligro para la integridad blanca: una competencia, quien

roba nuestras mujeres y engatusa a nuestros hijos. Pura construcción colonizadora, proyección de nuestros deseos falocéntricos que vuelven a la negritud un otro amenazante, excluido del nosotros. Pero es un otro al que le hemos enseñado a decir nosotros y su propia imagen se la hemos mostrado desde el reflejo distorsionado que tenemos sobre él. Imagen construida a partir de nuestra posición jerárquica, dictada por nuestra conciencia occidental medio frígida que repica con Platón que lo racional está, o debería estar, sobre lo concupiscente. Por tanto, ¿nos extraña que lo blanco sea identificado con lo inteligente y lo negro con lo sexual?

Una perversa manera de conquistar es convencer al conquistado de ser sólo una fuente de placer sexual. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, en la cama también se logra cierto dominio. Los conquistados se persuaden y allí los vemos, orondos, como un canto (o un reguetón más bien) a la pura carnalidad no pensante: por decirlo con Descartes, casi pura sustancia extensa y orgullosa de serlo, además.

Unos piensan, otros satisfacen

Así se socializa con una norma añadida por su color de piel: el deber de tener un deseo sexual constante, la obligación no de satisfacer, sino de extasiar a su amante (casi escribo cliente, imperdonable lapsus). Se publicita a partir de esa supuesta sapiencia en arte amatoria que no sabe de Ovidio, Ananga Ranga ni de Kamasutras (por suerte, porque no es eso lo que debe saber; en realidad, saber a lo académico, a lo occidental, no es su área: disminuye su valor de uso, lo hace "casi blanco", como se suele decir de los "negros educados"). Tampoco se le pide sentimientos: eso es muy elaborado, pierde el sabor prístino de cosa selvática. Mejor rudo, poco educado, vocabulario

escaso, estibador del puerto, puro músculo y testosterona.

Pero si es homosexual no te confundas: sigue siendo negro, muchas veces sólo penetrante, porque para penetrarlo no basta atravesar el esfínter anal sino también la estenosis que produce la mixtura del machismo y de la "raza". Podemos comprender algo cuando sabemos que algunas religiones de origen africano prohíben que al hombre se les toquen los glúteos y a veces se veta la práctica del sexo oral, porque tiene cierto regusto a sumisión ante lo femenino, suerte de genuflexión oral ante la vagina. Esto, extrapolado a un sexo entre hombres con todas las homofobias internalizadas, crea un panorama complejo. Creemos entenderlo un poco más cuando sabemos que, según dicen, la combinación de negro, maricón y oriental es lo peor que puede pasarle a alguien: una señal de mal karma, dirían las voces populares si creyesen en la reencarnación. Algunos logran pasar por encima de estas convenciones, pero no lo dudes: serán los más "calientes". ¡Tantos prejuicios superados! Se le perdona que nos los supere todos, ¿verdad? Además, tengamos en cuenta la presión de ser los hiperfálicos. Más de una vez he escuchado la misma frase de algunos de mis amigos o amigas luego de su primera experiencia con alguien afrodescendiente y descubrir que sus dimensiones genitales no superaban lo ya visto: ¿para qué le sirve ser negro? Como si elongar el pene fuera la función de la melanina en su piel. Más de una vez he visto cómo hablan de ardientes noches locas y cuentan por centímetros cuán dotado era ese negro, quien al parecer no tenía emociones, sólo pene.

Por tanto, la conversión de lo negro en objeto sexual es un círculo vicioso en el que cada recorrido hecho en torno a su circunferencia

lo refuerza más: la imagen sexualizada del negro salvaje es aprendida acriticamente por el individuo afrodescendiente, se lo muestra como lo deseable y esperado. Internaliza bien este personaje de oprimido-controlador genital. Se comporta de la manera reglamentada y quedamos tranquilos. Nuestra idea original del negro salvaje e hipersexual es correcta, pura verdad objetiva: allí están los casos individuales que lo demuestran con precisión matemática. El efecto es tomado por la causa con esa perversidad típica del pensamiento cuando quiere torcer la realidad en función de sus expectativas ideológicas. Y claro, ¿cómo lo va a cuestionar quien tiene a toda una cultura diciéndole que su papel no es pensar? A los que piensan, ¿les importa?

Pero, ¿dónde aprende a endilgarse este papel? Pues en el mismo lugar y de la misma manera en los que las mujeres naturalizan la violencia, en los que los gays son homófobos. Lo enseñamos nosotros mismos, los que, quizás en este caso de "coloración", seamos favorecidos por el poder, como podemos ser desfavorecidos en otras esferas. Lo enseñamos a nuestros hijos, lo trasudamos en nuestros comentarios encomiásticos sobre mulatones y negronas, en la manera en la que cruzamos a la otra acera cuando estamos en una calle solitaria y viene una persona oscura hacia nosotros.

Lo aprenden en la familia, cuando los padres les recomiendan buscar blanquitas o blanquitos (¿recuerdan aquello de "coco aunque sea rancio"?), en los a veces dolorosos procesos de desrizar un cabello que nunca será lacio. Lo aprendemos todos cuando vemos esas revistas que nos hacen creer que el Caribe es una playa de transparente azul, una bebida con hielo frappé y un espectacular cuerpo de piel oscura salpicada con pequeñas e irisadas gotitas de agua salada. Ellos se lo creen, nosotros también.

Tenemos a negros de turgentes y enormes penes, a negras de vaginas aspirantes como el Triángulo de las Bermudas. Totalmente deshumanizados por sus genitales puestos en primer plano, acéfalos. No les toca más que bailar (moviendo mucho la pelvis, claro), ser deportistas, buenos amantes, ladrones, prostitutas y prostitutos. Habilidades físicas puras. Sus aspiraciones deben quedar ahí, en lo que la historia supuestamente ha demostrado que son capaces. Entonces llegamos nosotros y decimos que no, que queremos negros profesionales. Y el deseo nos descubre buscando un cuerpo de piel oscura, insaciable, con olor a selva, pero sólo cuerpo, porque para pensar, bueno, para pensar me busco a otro. ■

Roberto Garcés Marrero,
desde La Habana

¿Seremos muchos más, y distintos?

Migraciones y capitalismo global

LOS PROCESOS migratorios son la consecuencia de decisiones económicas, sociales y políticas que se resuelven de maneras distintas, y también de acuerdo con las condiciones personales. Las formas de la movilidad humana no son hechos fortuitos, siguen conexiones preestablecidas que llevan a una persona a tomar la decisión de migrar a determinado sitio a pesar de las dificultades que eso conlleva. Como expresaba Lelio Mármora (2007): "Los flujos provenientes de los países subdesarrollados no proliferan al azar. Rastrear conexiones bien establecidas, cuyas raíces se encuentran en el colonialismo, la guerra, la ocupación militar, el reclutamiento laboral y la penetración económica". Es decir, las migraciones son otra de las consecuencias de la combinación entre racismo, patriarcado y colonialismo.

La actual crisis global de las migraciones, como afirma Stephen Castles, no es más que una crisis de las relaciones norte-sur que ha sido provocada por las grandes brechas de desigualdad; y la pretensión de control de las migraciones es un intento de regular estas relaciones. En ese sentido, los programas de migración ordenada y selectiva estimulados por el norte global no son más que otra forma de discriminación. Las formas de migración selectiva tienden a priorizar los intereses de la economía global sobre los derechos de los trabajadores (permanentes o temporales). En esta línea, las migraciones temporales son una prioridad para los países de acogida, así garantizan la mano de obra requerida (particularmente del sector agrícola y de servicios) sin tener que responder a las exigencias que requiere una migración definitiva. Estos trabajadores son altamente vulnerables. Y la situación general tiende a invisibilizar las complejas y diversas formas de explotación laboral que subyacen en los trabajos que realizan los migrantes. Los constantes esfuerzos por la regularización de los documentos y la estadía se convierten en un fin en sí mismo, por el que los Estados tienen la obligación (en el plano teórico, ético y de los acuerdos firmados) de proteger a las personas migrantes de los abusos, de habilitar una inserción efectiva en la sociedad receptora y de garantizar el acceso a los derechos económicos, sociales y culturales.

Analizar los obstáculos que se construyen para evitar el paso de los migrantes a nivel global implica enfocar los procesos migratorios considerando las causas estructurales que los producen y mantienen. El actual sistema económico expulsa constantemente contingentes de personas que deben cambiar de contexto para sobrevivir. El modelo económico y productivo vigente ha predicado la necesidad de eliminar las barreras comerciales y permitir la libre circulación de bienes, servicios



Inmigrante en Montevideo. / FOTO: PABLO VIGNALI (ARCHIVO, AGOSTO DE 2016)

y capitales; pero estas reglas no aplican para las personas, que no pueden transitar libremente.

Nivel regional, mujeres migrantes y cuidados

Más de 30 millones de personas han migrado dentro y fuera de América Latina y el Caribe en las dos últimas décadas. Este volumen implica el 5% del total de la población del continente, y la mitad son mujeres. Si bien a lo largo de este proceso las mujeres pueden tener mayores niveles de autonomía, en la mayoría de los casos no varían las relaciones de género desiguales. Tanto en los países de origen como de acogida se reproducen los mismos esquemas de subordinación y explotación femeninas inherentes a la lógica del sistema capitalista y patriarcal.

Los datos disponibles muestran que los principales flujos intrarregionales son predominantemente femeninos: colombianas en Venezuela, nicaragüenses en Costa Rica, colombianas en Ecuador, paraguayas y bolivianas en Argentina, peruanas y dominicanas en Uruguay. En las regiones fronterizas los movimientos de tipo rural-rural están orientados a actividades agrícolas y tienen predominio masculino; en cambio, en las corrientes que van hacia las ciudades la mayoría son mujeres.

Según CEPAL, más de la cuarta parte de estas mujeres migrantes (27%) están empleadas en el servicio doméstico, y ciertas nacionalidades registran un porcentaje aun mayor: colombianas, guatemaltecas, nicaragüenses, paraguayas y peruanas. Las mujeres latinoamericanas en los países de destino son demandadas para realizar los trabajos que las mujeres locales no realizan, principalmente doméstico y de cuidado de los niños y las personas adultas mayores. Esto es consecuencia de cambios sociales,

como la incorporación femenina masiva al mercado de trabajo, pero que en la mayoría de las sociedades no se vio acompañada por una reforma estatal que asumiera la responsabilidad social del trabajo de cuidado, o al menos la discutiera. En estos casos las sociedades de acogida transfieren el problema no resuelto del trabajo reproductivo y de cuidado de las mujeres locales a las mujeres inmigrantes. Asunto que no hace más que reafirmar los roles de género -en ambos grupos de mujeres- y las injusticias sociales y condicionamientos por género. Las mujeres inmigrantes en los países de acogida muchas veces se encuentran expuestas a una triple presión: realizar el trabajo doméstico en sus casas, trabajar fuera de sus hogares y, en muchos casos, sostener económicamente el hogar en el país de origen.

La migración también puede suponer para las mujeres migrantes una apertura a la autonomía económica y nuevos espacios de participación social e incremento de poder a la hora de tomar decisiones, aunque muchas veces se desarrollan nuevas formas de control social que impiden estos reacomodos vitales. Es indispensable que los Estados generen las garantías para la instrumentación de nuevos códigos de relacionamiento que apunten a la corresponsabilidad, algo imposible si no se generan conocimiento diferenciado y las políticas públicas necesarias para un desarrollo igualitario y equitativo entre los varones y las mujeres migrantes, así como entre las mujeres locales y las mujeres inmigrantes.

La lista de problemas de la región es muy amplia. El aumento de los nuevos contingentes trae viejos problemas como la detención y criminalización de las personas migrantes, la existencia de restricciones al acceso a los derechos

económicos, sociales y culturales, la discriminación, el racismo y la xenofobia, la invisibilidad de la niñez, de la perspectiva de género y de la perspectiva étnico-racial, así como el aún limitado proceso de participación en la sociedad civil.

Nivel nacional: se viene el estallido

Uruguay -igual que el resto de la región donde está inmerso- vive una dinámica en la que la movilidad humana aumenta día a día en todas sus versiones: país de origen, tránsito, destino y retorno. Los interrogantes son: ¿cómo se está preparando el país para esta nueva realidad? ¿Estamos al tanto de que cada año se incrementa de manera importante el número de inmigrantes que llegan al país? ¿Cuánto se reflexiona y qué conocimientos se producen sobre el tema, específicamente sobre la inmigración reciente? ¿Cuáles son las políticas que el país está desarrollando en este sentido? ¿Qué debería contemplar una política migratoria basada en derechos humanos? ¿Siempre la movilidad humana implica vulnerabilidad? ¿Cuál es el rol de las políticas públicas en este escenario? ¿A qué deberíamos aspirar? ¿Es un fenómeno que va a seguir evolucionando de manera independiente?

Los procesos migratorios no tienen por qué implicar situaciones de vulnerabilidad para las personas migrantes. No son vulnerables en sí mismas; es más, la mayoría de las veces son personas con gran determinación, iniciativa y capacidad de resiliencia. Lo que las vuelve vulnerables son los procesos migratorios que atraviesan, es decir, cómo una persona entra y habita el país de acogida.

El avance que ha tenido Uruguay respecto de las garantías de derechos a las personas migrantes en la última década es altamente

significativo. La aprobación de la Ley 18.250 en 2008, que por primera vez reconoce el derecho a migrar como un derecho humano, es un mojón que dio lugar a nuevos avances legislativos, así como a la creación de la Junta Nacional de Migraciones, primer espacio institucional en la materia. Otros avances de los últimos años son el desarrollo de la coordinación y articulación interinstitucional, el intercambio constante con la sociedad civil organizada dentro y fuera de Uruguay, la generación de instancias de formación sobre política migratoria, la producción de información en derechos para las personas migrantes y la incorporación del plan de respuesta rápida, entre otros.

Actualmente, siguen quedando muchos desafíos por delante, como el de superar la atomización. La profundización en el tema migratorio implica una perspectiva común de toda la administración pública y de las instituciones encargadas de ejecutar la política migratoria, así como concretar la transversalización del tema con otras políticas estatales. Al decir de Lenin Mondol, también es necesario "superar la dicotomía externo-interno", ya que a diferencia de otro tipo de política pública, y al estar armonizada con un sistema regional de políticas, la migratoria posee un alcance diferenciado que supera lo estrictamente doméstico. Es necesario, entonces, fomentar niveles de diálogo, intercambio, planificación y armonización normativa a nivel regional que contribuyan a un orden de la política migratoria con igual grado de prioridad en la subregión. Asimismo, esta política debe tener espacios de ejecución departamental y local, así como de diversos actores de la comunidad y la sociedad civil organizada. Para lograr una efectiva profundización de la política migratoria se debe avanzar en la participación multinivel y multisector. Por último, también es necesario albergar la gestión de las políticas migratorias en espacios que propendan a garantizar los derechos de las personas migrantes. Es indispensable acompañar estos procesos poniendo el énfasis en las migraciones centradas en los derechos humanos de las personas, no en el control de los flujos.

Debemos aspirar a políticas que logren imponer que no existe diferencia en el acceso a servicios para nacionales e inmigrantes. Debemos aspirar a que el trato sea igual de bueno para unos y para otros, a que las políticas sean ambientalmente sostenibles, inclusivas y adaptables a las nuevas realidades, que superen la crisis y la transición y encuentren soluciones permanentes y duraderas. La finalidad es que la legislación migratoria esté al servicio de la protección de los derechos de las personas. ■

«FICCIONES PROPIAS»

Sindicato Minita

—Mamá, ¿por qué no me hiciste puto?
—¡Ay, no sé, hija!

Mi madre es atea, mucho más que yo que con los años me fui poniendo mística. Se formó en el materialismo histórico judeo marxista. Y esa es la clave: es espiritualmente atea pero de cultura judeo-culposa. Por eso demoró en preguntar de qué estaba hablando pero me escuchó tan emocionada que no le importó.

Conocía ya a homosexuales pero aislados. Siempre me gustaron, tan otros. Y cuando en el Delta los vi en comunidad, enloquecí. Amé el desparpajo, la virulencia verbal, el jugo.

Me enamoré de uno, del principito. Rubio, flaquito, misterioso; y aunque llegué a fantasear con la cinturonga, no era eso lo que me convocaba. Lo que yo quería era ser uno de ellos, quería ser así de libre, así de violenta, así de no me importa nada y, si es lo que te gusta, te cojo de parado. Y a mi madre no podía explicarle eso.

A la Mostra la conocí antes, una noche en mi casa. Hacía tiempo que me había separado y estaba asomando la cabeza. Cogía con otros pero hasta hacía poco seguía en mí esa penumbra de querer volver. ¿Volver a dónde? Ni puta idea. Penumbra.

Ale me pidió hacer una fiesta en casa. Él estaba en plena transición. Todavía militaba en el PC, su *Personal Closet*. Así que la fiesta fue rarísima. Algunos del trabajo, los comunistas que se mantuvieron en gueto y las mostritas que salvaron la noche.

Fue amor a primera vista y empezamos a planear el Delta.

♦♦♦

Heredé de mis padres el conflicto con la autoridad. En sus años mozos supieron ser revolucionarios. Crecí entre canciones de las resistencias iberoamericanas y la dignidad cubana. Creo que algo de eso influyó en mi amor por los putos. Sentí en ellos una feroz resistencia al orden social. Una rebelión ante el deber ser, en pos de la propia dignidad, que enaltecía la autenticidad del yo.

Ante mi curiosidad sobre el proceso libertario que cada quien llevó adelante, se imponía la frontera de la privacidad. No se puede ir preguntando a lo Jorge Guinzburg cómo fue tu primera vez. Y no es que el puto vaya contando por ahí, alegremente, su entrada al clóset.

No puedo ensayar una teoría general, cuento con dos relatos. Ale no podía identificar el momento en el que se dio cuenta, la verdad le fue estallando en la cara al descubrirse, dos por tres, en un baño roñoso con un tachero fofo. Hasta que decidió hacer lugar en su clóset a ese desborde y, una noche en la que su *roommate* merquero salió de gira, él entró a un chat.

La Mostra, en cambio, lo supo de niño. A él se le paró viendo a Emilio Disi en *Matrimonios y algo más*. Estalló cuando me contó, ya que entre Emilio y Doris del Valle resulta difícil tomar consciencia de la orientación del deseo sexual.

No obstante, despertó en mí un enorme cuestionamiento. Después de mi separación pasaron muchos meses en los que sólo veía mujeres lindas. En mi terapia pregunté si no sería yo lesbiana. Silvia me alentaba a probar pero ella creía que cuando se duela no se coge. Se ve que no conocía muchos putos porque ellos cogen siempre, o al menos mis putos, o al menos mis putos que cogen.

El relato de la Mostra también me hizo recordar lo que creo que fue mi primera calentura, también frente a la TV. La serie era *V Invasión Extraterrestre*. Capítulo: "La conversión de Julie". Ella desnuda en una cápsula transparente, desde el otro lado la analizaban varios extraterrestres, mientras a Diana la torturaba con voces y visiones para doblegarla.

Horrorizada llegué a mi terapia: Silvia, soy una lesbiana dominatrix. El tema llevó varias sesiones en las que debatimos mi temita con la autoridad y terminó cuando me cogí al pendejito tallado a mano: un conejito Duracell divino, que señalaba la salida de la autopista del duelo y el fin del cuestionamiento sexual.

♦♦♦

Si bien ese primer encuentro con el mundo puto me deslumbró, en el fondo no podía entender esa objetivación del sexo; el erotismo mudo me resultaba burdo.

Una historia tipo de la Mostra: "Prendí el GPS y había uno camino a casa con un pijón. Le escribí y me pasó la dirección: primer piso A. Le dije que esperara desnudo

y que tirara la llave por la ventana sin asomarse, no quería verle la cara. Entré, me lo cogí en el pasillo y me fui. Ni hola ni chau, a esa hora no estaba para hablar con nadie".

Primera pregunta minita: ¿De qué te sirve a vos un pijón, no deberías buscar un buen culo?

Mostra: No hay mejor pasiva que la pijuda y, cuando pinta cambiar, tenés un pijón. Además rankea mil para la orgía.

Segunda pregunta minita: ¿Ni una palabra, qué es lo que te calienta?

Mostra: Minita.

Pensando en eso, me encontré el prejuicio. Uno del tipo la paja en el ojo ajeno. Recordando al conejito, descubrí que ante semejante porte no necesité mediar palabra. Unos besos fogosos, un poco de sutil manoseo y la sequía casi anual por duelo alcanzaron para una noche notable de sexo. No dormimos juntos y, eso sí, de hablar, ni hablar. Tal vez me faltó un detalle: el conejito era muy joven, muy. Cuerpo griego, piel manteca y esa mirada de inocencia tan ansiosa por descubrir el mundo... qué pereza.

Pero entonces, por más que a las minitas nos guste distinguarnos con la necesidad de hablar, mi experiencia me dice que la conversación es necesaria para sostener, mas no para empezar. El Sindicato Minita tendrá entre sus anales de experiencias minitas millones de historias en las que una palabra o frase en falso te cagan una noche que pintaba de lo más prometedor.

Pero también de las que no. ■

Lila Michalski

YO NO SOY

8 segundos

Aquel verano venía siendo un martirio para mí. El calor era insoportable y el rancho un cante maloliente. No había forma ya de eludir el olor a ropa sucia, a grasa de pelo y a ceniceros impregnados de antiguas cenizas. Las esquinas de las hojas de diarios y revistas lucían las mutilaciones sucesivas de los achiques que habían parido día tras día. Era extraño verte caminar entre aquel quilombo. Levitabas sobre los envases de cerveza vacíos, que ya despedían olor a fermento, rodeada por un fulgor de ligeros tonos verdes y azules. Ahuyentabas con tus pasos insectos y demás alimañas rastreras, como una divinidad emisora de una luz intolerable para los habitantes de lo oscuro.

Yo era uno de esos seres, pero quizá por virtud de mi masoquismo disfrutaba de esa violación de mi oscuridad, de ser espectador de tus advenimientos como los mortales protagonistas de los relatos bíblicos. Lo anhelaba cada día al despertarme, como un pez abisal adicto a los pequeños brillos que se filtran hasta el fondo desde aguas más cálidas.

Ese día tu aparición fue espectacular, premonitoria. Yo miraba desde adentro el umbral de la puerta del rancho, que estaba abierta para aliviar el sopor, y percibí tu llegada segundos antes por el sutil

remolino de hojas que te antecedió. Elegí mirarte desde el sillón a través del vaso de whisky, para matizar el encandilamiento mientras pasabas de largo hasta pararte frente a la pileta. Poco sabía la suciedad del sartén de su inevitable derrota ante tu frescura de ninfa cítrica. La resistencia es fútil, quise decirle. Pero no pude. Lo único en lo que lograba pensar era en qué mente brillante y malévol, qué genio perverso y tibio, qué demonio de la humedad te había confiado el secreto del poder que te confería tener puesto ese bikini amarillo. Cualquier otro color no hubiera logrado jamás ese contraste violento y a la vez amoroso entre tela y piel. El elástico de la parte de abajo se había remangado parcialmente y mordía tu nalga derecha; exhibía una porción generosa de piel más pálida contenida por la línea de bronceado. El contraste funcionaba tan bien ahí en la frontera, destacaba el corte de carne más tierno y jugoso que puede dar el cuerpo humano.

Vos lo sabías, pensé. Que me alimentaba de vos en ese preciso momento, mientras terminabas de secar las gotas de la mesada con la franela. El sartén yacía magro y derrotado en el escurridor. Quizá pensabas que podías salir intacta de aquel lugar, que el camino que te habías abierto

abismo adentro iba a permanecer ahí para que volvieras por él. Pero no sabías de mi hambre, y yo tenía demasiada.

No sé qué vino primero, si los truenos o las rachas de viento salitroso. Los postigos de madera reventaron dos veces alejando al otro lado de la pared y elegiste ignorarlos. Un último golpe sordo contra el muro te sobresaltó, como una alerta final de peligro. Atinaste a darte vuelta y frenaste a medio camino cuando sentiste mi presencia. Yo ya estaba parado atrás tuyo, muy cerca. Una ráfaga de aire tibio con olor a malta y casco de roble resbaló por tu clavícula barranca abajo, erizándolo todo a su paso como una horda invasora. Pude comprobar que el amarillo seguía resistiendo, ahora también al contraste con el tono más oscuro de tu pezón que se insinuaba alerta bajo la tela húmeda. Luego, mi mano sobre tu vientre plano como una lengua paladeando un bocado blando. Bajó despacio hasta tocar el borde del bikini mojado. Vos te debatías en un estado entre la parálisis y un leve temblor de piernas. Tenías miedo. Atinaste a decir "no" y te acallé deslizándome, abajo, adentro. Ya no había contraste, sólo mis dedos, navegando.

Unos días antes me habías dicho que más que las mujeres lo que a mí me gus-

taba era que las mujeres gustaran de mí, y tenías algo de razón, aunque no toda. No recuerdo bien cuál fue el escenario de tu gran frase, sólo sé que yo tenía una guitarra con la que me sentía invencible y tu cara de jactancia y victoria cuando me largaste la estocada. Como siempre, parecías sobria aunque estabas igual o más borracha que yo, que ya arrastraba ligeramente las letras. Cuando me recuperé del golpe al otro día, mi consuelo era que tu aseveración en el fondo demostraba tu ingenuidad. Nunca la hubieras dicho si supieras cuánto y con qué violencia me gustaban vos y tu poder, que se aparentaban inmunes. Por eso fue tan indispensable tomarte por asalto aquella tarde contra la pileta. Tan necesario empujar y empujar, sin concesiones, cada vez más adentro, ante tu cara de impotencia. Medirme, medirnos, y dejarte bien claro que nadie ni nada te iba a salvar. Tanto placer... tanto dolor. Gritaste al acabar, yo te miré fijo y serio los ocho segundos. Cerraste los ojos y acto seguido me empezaste a mirar con una cara mezcla de espanto y de súplica. Por fin habías entendido. Nadie, nunca, nos iba a salvar. ■

Joaquín Russo

ARDE

Isabel preparó la mesa para la hora a la que él llegaba. Sobre un mantel de nailon barato estaban puestos impecables los platos y los cubiertos, la fuente rebosante de ensalada y un par de velas encendidas. Habían cortado la luz otra vez. En el horno se enfriaba la gallina más grande que quedaba en el gallinero. Estaba orgullosa, la había degollado con el primer corte de cuchilla.

Escuchó ladrar a los perros y unos segundos más tarde el corcoveo de la Hondita 50 apagando el motor a unos metros de la puerta. Los pies en el suelo. Las ruedas sobre la gramilla rodando hasta el portón. El pasador haciendo gemir al hierro. Gabriel esa noche no estaba borracho.

Salió a la puerta del fondo a recibirlo escondiéndose las manos en el delantal. Desde chiquita le quedaban transpiradas y frías cuando se mandaba alguna. Él desenfundó la cabeza del casco y el pelo le cayó desordenado sobre la campera. Entró a la casa sin mirarla y al ver el despliegue volvió sobre sus pasos. Le dio un beso sin ganas respondiendo a lo que él suponía que era una trepa. Ella lo recibió con los labios encogidos. Sentía que el corazón le latía tan fuerte que le hacía sonar las piedritas de las caravanas. "Te esperé con la cena pronta", le dijo, y él le contestó: "Así te quiero".

Gabriel se sentó en la silla de la cabecera y dejó caer todas sus cosas en el piso. Isabel sacó la cena del horno y antes de tomar la cuchilla le ofreció el jugolín. Le respondió cuando ella ya descuartizaba la cena que le sirviera un vaso. Se limpió las manos nerviosa en el delantal y llenó uno de los esmerilados con jugolín hasta el borde.

Lo miró de reojo todo el tiempo. Gabriel le preguntó si tenía alguna novedad y ella negó con la cabeza, veía poco con esa luz de mierda y la gallina se le deslizaba por sus dedos. En un raptó de arrepentimiento se dio vuelta para arrebatarle el vaso pero ya era tarde. Gabriel se empinaba aquel almíbar hecho por las manos de Isabel, con el jugolín más berreta de la feria de los martes y un blíster enterito de lextotan molido.

Ella apenas pudo tocar su plato mientras lo miraba tragar como león las tiras de carne que desprendía de los huesos con la boca inmundada llena de grasa. Gabriel le dijo que se trajera un vaso para ella y sacó del morral un tetra de Santa Teresa rosado. Isabel le dijo que prefería que no. Él que sí, que cuando escaviaba se ponía menos pelotuda.

Gabriel volcó aquel rosado entibiado en el mismo vaso del



jugolín, a ella le sirvió lo que quedaba. Armó un tabaco y luego de encenderlo se paró de la silla. Se estiró como un gato, echando humo por la nariz. Un metro noventa y cinco de ese ser que la había enamorado con aquellos risos y el pelito dorado sobre la cara virgen, que ahora se había tupido de unas canas trémulas sobre la piel cuarteada por el frío.

Gabriel se metió en el baño. Desde la cocina, ella escuchó el sonido sobre las baldosas de la hebilla al caer antes que el resto de la ropa, luego lo oyó gemir descargando la mierda de todo el día en un estruendo calamitoso, y finalmente meterse a la ducha. Que le alcanzara las toallas, le gritó después ya con la lluvia de la ducha corriendo. Ella las sacó

del ropero y entreabrió la puerta del baño para dárselas. Prendé la estufa, gorda, le dijo, y a ella le dio pena. Sabía que cuando le decía "gorda" era que estaba todo bien.

Salió atolondrado del baño y desplomó su cuerpo en la misma silla en la que había cenado. Isabel se le paró al lado y con una de las toallas empezó a secarle el pelo. Él llevó las manos hacia sus piernas y la empezó a masajear por abajo de la pollera hasta llegar a la concha. Isabel intentó salirse pero él la tenía bien agarrada; le bajó la bombacha con la otra mano y le metió el pulgar en el culo. Isabel no pudo contener las lágrimas, todavía estaba lastimada de la noche anterior. Tomate el vinito, le dijo, y le sacó los dedos de todos los agujeros.

Entonces lo miró a los ojos y notó la desorientación.

El tronco de Gabriel se descuajeringó y cayó hacia adelante. Escuchó el golpe del cráneo aterrizando contra el borde de la mesa, derribando todo lo que había encima. Observó paralizada. Era un animal caído sobre aquel cabello que, todavía húmedo, se confundía con el estampado de ese mantel que empezaba a arder vertiginosamente con el fuego de las velas.

No reparó siquiera en si estaba dormido o desmayado. Soltó la toalla que aún tenía entre las manos, tomó su cartera y corrió al fondo. Arrancó la Hondita y hasta no abandonar el camino de tosca que terminaba en la ruta se imaginó que Gabriel la alcanzaba y la mataba. La empalaba

con la chaira, la descuartizaba y la enterraba en el gallinero.

Cuando las ruedas pisaron el asfalto de la ruta, Isabel se animó a mirar atrás. En la nube de polvo que había dejado con la moto se divisaba el resplandor naranja de las llamas tomando su casa. Se escuchaba aún a los perros ladrando desaforados para avisar al barrio de aquel espectáculo. La invadió un llanto espasmódico, casi infantil, que era de tristeza y ya no de miedo. Pensó en la madre de Gabriel, en quién le daría la noticia.

Avanzó despacio por la ruta, dejándose aliviar el ardor por la brisa que se le colaba entre las piernas y se dejó tragar por la noche hasta desaparecer de aquella vida. ■

Romina Napiloti

Apoyan:



2015-2025
DECENIO DE LAS PERSONAS
AFRODESCENDIENTES
RECONOCIMIENTO :: JUSTICIA :: DESARROLLO



mides
Ministerio de
Desarrollo Social

Redactor responsable: Lucas Silva / Edición y coordinación: Apegé / Diseño y armado: Martín Tarallo / Edición gráfica: Iván Franco
Ilustraciones: Federico Murro / Textos: Patricia P Gainza, Roberto Garcés Marrero, Rosana Guardalá, Lila Michalski, Romina Napiloti,
Joaquín Russo, Néstor Sanguinetti / Corrección: Magdalena Sagarra / Consejo asesor: Valeria España, Patricia P Gainza, Ana Karina Moreira